

1

EL DESPERTADOR, EL JEFE Y LA SORPRESA

CINCO AÑOS DESPUÉS...

Mía odiaba su trabajo. Aunque quizá lo más acertado era decir que a quien odiaba era a la bruja de su jefa. Esa vieja cacatúa arrugada le había hecho la vida imposible durante los últimos cuatro años, desde el día que entró a formar parte de la empresa.

Al terminar la universidad, Mía se vio tan perdida que incluso llegó a pensar que estudiar filología había sido una mala, malísima idea, porque ¿qué opciones le quedaban? La docencia la había descartado por completo; la verdad era que sí que le gustaban los niños, pero no se veía capaz de dar clase a un grupo de adolescentes hormonados. Así que decidió dejarse llevar por el amor que sentía por la lectura y estudiar un curso de edición profesional. Ya que no tenía capacidad para escribir una novela, al menos podía aprovechar su propio criterio para decidir qué libros se publicaban.

Craso error el suyo. Cuando le dieron su primera oportunidad laboral en una pequeña editorial, Mía pensó que le ofrecerían un puesto como editora. Nada más lejos de la realidad. Aunque en su contrato aparecía escrito con letra bien clara que su labor era la de ayudante de edición, Mía no era más que la secretaria de la editora jefa, la chica para todo. ¡Y estaba más que harta!

Por suerte para ella, la editorial había sido absorbida por un gigante de los libros, una multinacional que amenazaba con hacerle la competencia a toda aquella línea de edición que se cru-

zara en su camino. Mia siempre había apostado por las editoriales pequeñas y la calidad de la literatura que estas trabajaban, pero ¡qué demonios! Habían jubilado a su jefa y su puesto había sido ocupado por un hombre joven de mente brillante y que además era guapísimo. Puede que Mia continuara realizando sus labores de secretaria, sin embargo ahora al menos tenía un aliciente por el que levantarse todas las mañanas.

Toda la sección femenina de la oficina, y parte de la masculina también, suspiraba por Sergio Álvarez de la Vega, el jefe. Y no era para menos. Sergio era la fantasía de muchos hombres y mujeres hecha realidad; a pesar de que no era demasiado alto, su corpulenta musculatura hacía que su presencia fuera imponente. Resultaba obvio que su escultural físico era obra de durísimas horas en el gimnasio, aunque ¿a quién le importaba? Seguía siendo un hombre increíble. Tenía los ojos azules, la mirada penetrante de un hombre que podía ser tan dulce como peligroso y una sombra de barba oscura, del mismo color que su corto cabello, cubría sus mejillas. Era un bocado muy deseable, y, para qué negarlo, Mia deseaba hincarle el diente.

Cada vez que sonaba el despertador, Mia sonreía como una de esas protagonistas medio atontadas de las películas americanas al pensar en que en unas horas volvería a trabajar junto a Sergio codo con codo. El problema era que aquella mañana se le habían pegado las sábanas. Había que decir que ella nunca, jamás, llegaba tarde. Al parecer, el despertador Clockman con forma de cubo con ojos y boca que Héctor le había regalado la pasada navidad había decidido morir de forma repentina. Normalmente, el trasto solía despertarla hablando en japonés; Mia no entendía ni una sola palabra de lo que decía, pero siempre le había parecido escuchar «puta hostia» entre las muchas frases que reproducía. Por suerte, Héctor se lo envió configurado; no obstante, ahora de poco le servía. Tenía diez minutos para ducharse, vestirse y salir de casa antes de coger el metro.

Por una vez en su vida, y sin que sirviera de precedente, agradeció las estrictas normas que su anterior jefa le había impuesto.

La primera era que nunca debía llegar con retraso a su puesto de trabajo; por ello Mia había tomado por costumbre preparar la ropa la noche anterior. Se enfundó la ajustada falda de tubo de color gris claro tras lo cual se abotonó tan rápido la blusa blanca sin mangas que batió su propio récord. El pelo era otra cosa, claro. Con los años había aprendido a controlar los escasos rizos que le quedaban como recuerdo de su infancia, y ahora lucía una media melena de color rojo brillante, casi lisa. ¡Y ella que pensaba que el rojo no era su color!

La culpa volvía a ser de Héctor, por supuesto. El primer cumpleaños que pasaron separados, él le hizo llegar una peluca pelirroja exacta a la cabellera de la *sex symbol* animada Jessica Rabbit; junto a ella, su amigo adjuntó una nota que decía que siempre la había imaginado llevando ese color. Al día siguiente, sin darle demasiadas vueltas, Mia bajó a la peluquería decidida a teñirse el pelo. Lástima que Héctor viviera a miles de kilómetros de distancia y no pudiera verla, pero en aquel momento no tenía tiempo para pensar en él.

Al final, optó por hacerse una improvisada coleta mientras bajaba las escaleras de su edificio, maldiciendo entre dientes por los zapatos de tacón que se colocaba cada mañana. Eran una auténtica tortura china, por lo que rezó para que quedaran asientos libres en alguno de los vagones del metro, al menos en la segunda parte del trayecto, cuando tuviera que cambiar de línea para tomar la que la llevaba desde el barrio de La Latina hasta la parada de Argüelles.

Cuando cruzó las puertas de la oficina, veinte minutos más tarde, Mia tuvo que enfrentarse al dedo acusador de Tony, uno de sus compañeros y su mejor amigo.

—Llegas tarde.

—¿Desde cuándo te importa? —Mia le lanzó un beso para, instantes después, aceptar el vaso de una conocida multinacional del café que Tony le tendía—. No sabes cuánto te lo agradezco —le sonrió tras dar el primer sorbo—. El despertador se ha muerto, he tenido que maquillarme en el metro, y creo que tengo un tacón a punto de romperse.

—No me das ninguna pena, así que ni lo intentes. —Tras recolocarle el flequillo detrás de la oreja, Tony se acercó a su oído y le susurró—: El jefe está como loco buscándote.

Los ojos de Mia se abrieron como platos, luciendo un brillo casi cegador.

—¿De verdad?

Tony resopló al ver el poco disimulado entusiasmo que mostraba su amiga.

—Eso, tú no te molestes en ocultarlo. Total, toda la oficina sabe que te mueres por meterte dentro de sus pantalones.

Mia a punto estuvo de escupirle el café.

—¡Tony! —le reprendió, golpeándolo en el brazo—. Ni se te ocurra volver a decir eso.

—¿Qué parte: la de que todo el mundo conoce tu no secreto o la de que te mueres por ponerte de rodillas debajo de su mesa?

—Eres un borde. —Ocultando sus labios pintados de rojo tras el vaso, Mia sonrió. A pesar de que le daba algo de vergüenza, Tony no podía tener más razón, y por eso lo adoraba—. ¿Qué tal me ves?

Mia dejó su café a medio beber sobre la mesa para centrarse en arreglar su ropa y recolocarse los pelillos que se escapaban de su coleta. Tony hizo girar su dedo y una sonriente Mia dio una vuelta frente a él subida en sus altos zapatos.

—Cariño, si fuera hetero no te dejaría escapar.

Mia soltó una carcajada, pero cuando ya enfilaba el camino hacia el despacho del jefe, la voz de Tony la detuvo.

—Antes de que te pongas histérica, será mejor que te coloques ese horrible reloj del que nunca te separas.

Mia abrió los ojos con desmesura al mirarse la muñeca izquierda para comprobar que la tenía completamente desnuda, dejando a la vista el tatuaje que se había hecho cuando no era más que una adolescente. Por norma general, no permitía que nadie se fijara en él mientras trabajaba en la oficina; por ello, siempre llevaba uno de esos relojes que se habían puesto de moda con una correa enorme engarzada a un par de pulseras

que ocultaba el símbolo de tinta que llevaba en la piel. Con el paso de los años sus gustos no habían cambiado demasiado, pero era una profesional, y si quería que la tomaran en serio y ascender hasta convertirse en editora, entonces tendría que aparentar ser una mujer seria y responsable. De modo que nada de tatuajes, *piercings* ni ropa estrambótica. El único «capricho» que se permitía era llevar el pelo de color rojo, aunque estaba tan de moda que apenas nadie reparaba en su melena.

Respiró hondo para calmar los nervios que sentía cada vez que tenía que reunirse a solas con Sergio; luego llamó a la puerta utilizando los nudillos y entró en el despacho.

Sentado a su escritorio de madera oscura, Sergio hacía anotaciones en varias de las hojas que leía con concentración. Se había quitado la chaqueta, por lo que Mia pudo apreciar la fuerza de sus brazos, al llevar las mangas de la camisa subidas hasta la mitad. Mia se fijó en los fuertes antebrazos que descasaban sobre la mesa y en cómo sus músculos se tensaban cuando él alzó una mano para indicarle que se acercara. Aún no la había mirado y el corazón de Mia ya se había acelerado. «Piensas demasiado en él. Cálmate, Mia», se dijo.

Cuando Sergio levantó la cabeza y la vio de pie frente a él, su sonrisa fue tan grande como el revoloteo de las mariposas en el estómago de Mia.

—Por fin has llegado. —murmuró él.

Sergio dejó caer el bolígrafo y el documento que sostenía entre las manos, luego se recostó contra el respaldo de su silla, colocando los brazos tras su cabeza. A Mia se le secó la boca al fijarse en el modo en que se marcaban sus bíceps bajo la camisa.

—Lo siento —comenzó a disculparse Mia—. Sergio, verás... Ha sido una mañana desastrosa y...

—No tienes que darme explicaciones —le aseguró él con una sonrisa—. Ahora siéntate, ponte cómoda y... ¿Quieres un café?

Mia se olvidó de la capacidad de hablar cuando lo vio levantarse y caminar hacia la mesita auxiliar, donde había una moderna cafetera y varios botellines de agua. No fue la carísima máquina

lo que provocó que se quedara muda, sino la forma en la que los pantalones del traje se ajustaban a su prieto trasero al caminar.

«¡Solo es un físico! Deja de mirarlo embobada».

—¿Mia?

—¿Qué? Perdona, esta mañana tengo la mente algo dispersa.

—Te preguntaba si te apetecía un café, aunque creo que necesitas algo más fuerte. ¿Whisky, quizá?

Mia levantó una de sus cejas; Sergio rompió a reír al ver el gesto de asco que ella acababa de hacer, arrugando la nariz y casi poniéndose bizca.

—Lo tomaré como un no. —Después de servirse una taza del café más negro que Mia había visto nunca, Sergio tomó asiento en la silla que había a su lado. Casi se atragantó con su propia saliva cuando Sergio le puso una mano sobre la rodilla—. Verás, Mia, lo que quería decirte con tanta urgencia es que te necesito.

Vale, ¿alguien estaba usando poderes de *jedi* con ella y le hacía escuchar algo que en realidad Sergio no le estaba diciendo? Era coña, ¿verdad? Sergio no podía estar toqueteándole las piernas mientras le decía que la necesitaba. ¿Estaba teniendo uno de sus sueños guarros otra vez?

No supo cómo, pero pasados unos segundos que a ella se le hicieron eternos, Mia recuperó el habla. Aunque su voz no sonaba más alto que un susurro.

—¿Qué... qué puedo hacer por ti?

Sergio le dedicó una de esas sonrisas tan perfectamente arrebatadoras que eran muy propias en él. Tomó su taza, dio un sorbo al café y le palmeó la pierna antes de levantarse.

—¡Esa es mi chica! —La señaló con el dedo—. Sabía que podía contar contigo. ¿Recuerdas esa fiesta de todos los años para recaudar fondos para conseguir no sé qué? Esa de la que somos patrocinadores. —Sergio chasqueó los dedos delante de su cara—. Joder, la que nos hace tan buena publicidad.

—La gala anual «Luchemos por el mundo» —le recordó Mia.

Desde que el grupo editorial se había convertido en una potente compañía, los directivos habían aprovechado para darse a

conocer a través de eventos a los que asistía la alta élite de la capital. Ellos colaboraban económicamente con diversas fundaciones a cambio de que estas les aseguraran que su nombre saldría a la luz para atraer a nuevos escritores a sus filas. Mia no estaba muy de acuerdo con esos métodos, Sin embargo, al menos ayudaban a aquellos que lo necesitaban, ¿no?

«¡Y una mierda!», se dijo a sí misma. Podía tratar de engañarse, no obstante en cuanto llegara a casa haría un conjuro druida para destruir la revista en la que se recogía la crónica del evento.

—Es el próximo fin de semana —continuó Mia—. Un mensajero trajo ayer las invitaciones y...

Sergio dio una palmada que sonó tan fuerte que Mia dio un bote en su silla.

—¡Perfecto! Ahora solo me falta una cosa.

Sergio se acercó a ella y volvió a tomar asiento a su lado. La miraba con tanta intensidad que Mia a punto estuvo de convertirse en un charco ante sus pies. Lo sabía, sonaba patético; ella jamás había sido tan superficial como para dejarse atraer por un físico atractivo, pero Sergio era algo más, lo presentía. Cuando él la tomó de las manos, Mia a punto estuvo de correrse. Llevaba demasiado tiempo sin sexo, por lo que sentir el tacto cálido de las manos de Sergio acunando las suyas no ayudaba en absoluto. Se imaginó esas mismas manos tocándola en otro sitio, por debajo de la falda, hasta que... No, no era buena idea. No quería que Sergio viera sus bragas con el dibujo estampado de las gafas y la cicatriz de Harry Potter.

Lo que no terminaba de entender era por qué él se mostraba tan atento, por qué sus dedos le acariciaban el dorso de la mano y... Estaban hablando de las entradas para la gala. Dos entradas perfectas para ser usadas por él y su pareja. ¡Por todo el poder de la Galaxia! No iría a pedirle que fuera su pareja, ¿verdad?

—Mia —murmuró él, manteniendo su mirada fija en ella—. ¿Me harías el enorme favor de hacer llegar el cheque con el dinero a los organizadores del evento?

Y tras decirlo, Sergio le tendió el fino papel perfectamente doblado por la mitad. Al ver que Mia no movía un músculo, él mismo se lo colocó en la palma de la mano. ¿Y para eso tanto misterio? Por un momento había sido tan estúpida como para pensar que el cuento de hadas estaba a punto de hacerse realidad. ¡Había que joderse! Ella nunca, nunca, decía tacos, aunque solo a veces hacía excepciones. Todo eso le pasaba por haberse obsesionado con su jefe, cuando ni siquiera era su tipo.

—Yo... Sí, claro —consiguió decir cuando aterrizó de nuevo en la realidad—. No hay ningún problema. ¿Algo más?

—¿Podías buscarme un coche? Ya sabes, uno de esos grandes que me hagan parecer todavía más importante. —Sergio rio su propia ocurrencia mientras volvía a sentarse tras su escritorio—. ¿Qué tal una limusina? Y asegúrate de confirmar asistencia, por favor.

—No hay problema, jefe. —Mia obligó a sus labios a que formaran una sonrisa—. ¿Irás tú solo o confirmo también una pareja?

—Con pareja —le sonrió él, y tras guiñarle un ojo, añadió—: Al menos eso es algo que no tienes que hacer por mí. Gracias, Mia. Eres la mejor.

¡Zas! Puñalada directa al corazón. Se lo tenía bien merecido por soñar con alguien que estaba fuera de su alcance. ¿Tendrían razón sus compañeros cuando afirmaban que Sergio era un perfecto capullo?

Al salir del despacho, Mia deseó hacerse muy pequeñita para evitar a Tony. El muy condenado se pasaba más tiempo en su mesa que en el departamento de ilustración, que era donde trabajaba. Cuando lo vio sentado en su silla, Mia recordó que aquel no era su día de suerte.

—¿Y bien, Cenicienta? ¿Ya se te ha puesto el príncipe de rodillas?

Mia se sentó tras su mesa y encendió el ordenador a la vez que le sacaba el dedo corazón.

—¿Sabes qué, Tony? ¡Que te den por el culo!
Y los dos se rieron a carcajadas.

Cuando Mia llegó a su pequeño apartamento deseó que las cuatro paredes se la tragaran. Había sido un día agotador, haciendo llamadas a la organización del evento, al banco, recorriendo los inmensos pasillos del edificio subida en los tacones para dar caza al mensajero y, por si no hubiera tenido suficiente, a última hora Sergio le pasó media docena de manuscritos que debía revisar antes de que acabara la semana porque, según él, tenía tanto trabajo que no disponía de tiempo para realizar su cometido.

Estaba cansada, estaba decepcionada, estaba jodida. Al entrar en el único dormitorio del piso, Mia se fijó en las puertas de su ropero, deseando que se convirtiera en el armario mágico que la llevara al mundo de Narnia. Allí no existían los tacones, las falsas apariencias ni los jefes tremendamente atractivos y crueles que te rompen el corazón.

Decidió darse una ducha para despejar las ideas antes de preparar algo pringoso para cenar mientras leía los manuscritos. ¡A la mierda las calorías! Era menuda, tenía curvas, y se sentía orgullosa de ellas. Si a Sergio no le gustaban, ¡él se lo perdía!

Un sándwich triple con lechuga, queso, beicon y huevo era lo que necesitaba; si además lo bañaba con ketchup, mejor que mejor. Mientras lo preparaba, maldijo en algo parecido al idioma *pársel* cuando un goterón de tomate fue a parar directo a la enorme camiseta de *El hobbit*, la única prenda que llevaba puesta además de la ropa interior.

Su vida podía resumirse en un desastre tras otro, y no tenía a nadie a quien quejarse. Tony la había dejado plantada por el nuevo chico de mantenimiento, la abuela Eli se había marchado de viaje y su padre vivía ahora en el norte, donde se había hecho cargo de varios consultorios médicos de pequeños pueblos. De su madre era mejor no hablar: Isabel estaba encantada viviendo una segunda adolescencia en Florencia.

En noches como aquella era cuando más echaba de menos a Héctor. En cinco años no habían vuelto a verse ni una sola vez. Las videoconferencias no contaban en absoluto, porque no podía ver cómo brillaban sus ojos cada vez que ella le regañaba por decir una palabrota, sentir sus abrazos o disfrutar de su olor. Mía odiaba Japón con todas sus fuerzas; odiaba que las distancias no fueran tan pequeñas como parecían en los mapas y detestaba que los precios de los viajes hasta allí fueran prohibitivos. Héctor le había regalado una de esas huchas en las que aparece un oso panda cuando se le acerca una moneda para guardarla en su interior; los dos tenían la esperanza de que ella pudiera ir a visitarlo pronto, pero Mía dudaba que el osito tuviera más de cincuenta euros en su haber.

Lo peor de todo era que habían comenzado a perder el contacto. Al principio se mandaban mensajes cada noche, luego pasaron a un par de videoconferencias a la semana, más tarde a los *emails* y... ahí se habían quedado. El último que recibió de Héctor fue cuatro meses atrás; el chico aún seguía diciéndole cuánto la echaba de menos. ¿Se habría olvidado de ella? ¿Habría olvidado que eran y siempre serían camaradas de la Resistencia? No le había hablado de Sergio, pero estaba segura de que si Héctor conociera toda la historia le diría que era una completa gilipollas, ella le mordería la oreja como castigo y los dos acabarían riéndose el uno del otro.

—Odio Japón —murmuró con la boca llena mientras pasaba las páginas del primer manuscrito, teniendo cuidado de no mancharlo—. Odio a Héctor, odio a Sergio y odio a los hombres de la Galaxia.

No había pasado ni medio minuto cuando el timbre de la puerta resonó con fuerza en el pequeño cubículo que hacía las veces de salón. Ni siquiera tenía un pasillo para dar la bienvenida a sus invitados, que acababan entrando directamente en la sala principal. Era tarde y Mía no esperaba a nadie, pero aun así se lanzó a recibir a la inesperada visita sin molestarse en echar primero un vistazo por la mirilla.

Cuando abrió la puerta fue como si alguien le hubiera lanzado un hechizo petrificador. Frente a ella, a medio metro de distancia, se encontraba Héctor, cargando con tantos macutos que, de no estar segura de que era su mejor amigo, Mia podía haber pensado que se trataba de un *sberpa*.

Héctor estaba allí, delante de ella, y su día de mierda acababa de convertirse en uno de los mejores de su vida. Mia no pensó lo que hacía, ¿para qué? Era Héctor, había vuelto con ella.

Gritando como una posesa, Mia se lanzó directa hacia él, estrechándolo con brazos y piernas. Héctor se quedó ahí quieto, sujetándola para no dejarla caer, sintiendo cómo su mejor amiga lo abrazaba de nuevo.

2

DE VUELTA A CASA

Héctor ni siquiera tuvo un segundo para fijarse en ella. Antes de que pudiera separar los labios para decir «hola», ya tenía a Mia colgando de su cuerpo como si fuera un koala abrazado a un eucalipto. Por Dios, ¡iba a asfixiarlo! Y sin embargo no quería que lo soltara nunca. Volver a tenerla entre sus brazos hacía más real su vuelta a casa. Había pasado demasiado tiempo lejos de todo lo que quería, de su familia, de sus amigos.

De Mia.

Estar de nuevo junto a ella le hacía sentir que apenas habían pasado separados más de unas semanas en lugar de cinco largos años. Aun así, podía sentirla allí, abrazándolo; percibía el olor afrutado de la colonia que usaba y su respiración agitada haciéndole cosquillas en el cuello. ¡Que alguien le pellizcara! Había alcanzado el paraíso.

—Mia —murmuró, intentando apartarse el pelo de ella de la cara—. Creo que deberíamos entrar o algo. Me tiemblan las rodillas.

Ella se apartó de inmediato, pero no se soltó de su agarre. Con las manos entrelazadas en la nuca de él, asegurándose de que entre sus rostros no cabría más que un trozo de papel, Mia lo miró con la ceja levantada.

—¿Acabas de llamarme gorda?

—¿Qué? Joder, ¡no! ¡Ay!

Ahí estaba otra vez: el famoso mordisco en la oreja, marca de la casa. Incluso eso lo había echado de menos.

Ella se dejó caer al suelo, fingiendo sentirse ofendida mientras Héctor arrastraba sus maletas al interior del pequeño apartamento.

—No me mires así. Los dos sabemos que no te has enfadado.

—¡Pues claro que no me he enfadado! —gritó Mia, volviendo a abrazarse a su pecho—. ¡No puedo creer que hayas vuelto!

—Y yo no puedo creer que estés... Espera... —Héctor se apartó unos pasos y la miró de arriba abajo—. ¡Guau! Tu pelo es... y tú pareces tan... ¡Joder, estás buenísima!

Mia soltó una carcajada que la hizo doblarse de risa. Sentía un ligero escozor en los ojos causado por la emoción de volver a tener a Héctor junto a ella. Aunque ni loca pensaba echarse a llorar. Se acabaron las lágrimas ahora que se habían reencontrado.

—Deja de decir palabrotas, malhablado. ¿Cuándo has llegado? ¿Lo sabe tu abuela? Tienes que estar muerto de hambre, ¿te preparo algo de cena?

Héctor se dejó caer en el sofá mientras recibía todo aquel torrente de preguntas. En cualquier otro momento le hubiera pedido que echara el freno, pero la había echado tanto de menos que ahora lo último que quería era dejar de escuchar su voz.

Mientras ella hablaba, él se dedicó a observarla sin perder la sonrisa. Mia había cambiado en el tiempo que hacía que no se veían. Cinco años puede no parecer mucho; la mayoría de la gente se sorprendería al descubrir la enorme cantidad de cosas que pueden cambiar en ese período de tiempo. La última vez que se habían visto, durante su despedida en el aeropuerto, los dos no eran más que unos críos que comenzaban a aprender a desenvolverse en el mundo de los adultos, ahora en cambio... Eran personas maduras —o al menos intentaban serlo— totalmente independientes; además, tener delante a la Mia adulta era... Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza con tan solo mirarla. No había mentido cuando le había dicho que la encontraba guapísima. ¡Joder, si era su fantasía erótica hecha realidad!

Con ese pelo tan rojo como la peluca que él le envió después de que se despertara en mitad de la noche, medio empalmado, porque había soñado con que su mejor amiga lo sorprendía luciendo una melena de ese color, Mia estaba impresionante. Sus piernas no demasiado largas quedaban al descubierto, ya que la camiseta que llevaba puesta tan solo le cubría hasta la mitad de los muslos. Tenía un cuerpo con curvas y un pecho generoso, aunque lo que de verdad resultaba cautivador a ojos de Héctor era su sonrisa, tan limpia y tan sincera. Dios, ¡cómo la había echado de menos!

Después de contestar sus numerosas preguntas una a una —su avión había aterrizado hacía tan solo un par de horas; no, su abuela aún no lo sabía, y por supuesto que tenía hambre—, Mia se dispuso a preparar un sándwich idéntico al que ella había dejado a medio comer.

—Podías haberme avisado o algo —protestó ella mientras colocaba el doble de tiras de beicon entre las rebanadas de pan—. Si lo hubiera sabido, habría ido a buscarte.

—¿Cómo? ¿En ese coche que tienes y que nunca conduces?

Mia chascó la lengua mientras le tendía a Héctor el plato con la cena. Antes de poner rumbo a su nuevo trabajo en Asturias, el padre de Mia le había dejado el coche familiar como regalo. El vehículo estaba casi nuevo, pero Mia nunca lo utilizaba. ¿Para qué hacerlo si vivía en una ciudad con un buen transporte público? Dudaba incluso que tuviera gasolina...

—¡Bah! Eso es lo de menos. Podría haber hecho algo, ¿no? Prepararte una fiesta de bienvenida, por ejemplo.

—Quería darte una sorpresa. —Héctor se hizo a un lado para que ella pudiera sentarse con él—. No podía haber tenido una mejor bienvenida que la que tú me has dado, camarada.

Y al decirlo, Héctor le guiñó uno de sus ojos claros. Mia no supo muy bien por qué, pero sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor.

Mientras daba buena cuenta de su cena, Mia se dedicó a mirarlo con atención. Héctor apenas había cambiado desde la úl-

tima vez que se vieron. Aunque ahora el color de su pelo se había oscurecido varios tonos, seguía manteniendo el aspecto de un chico rubio y blanquito, y pedía a gritos que se peinara. Y... ¿eran imaginaciones suyas o estaba algo más alto? A pesar de estar medio recostado, se le veía enorme allí en su sofá. Vestía unos vaqueros oscuros y desgastados con un roto en la rodilla y una camiseta blanca sobre la que se había colocado una camisa a cuadros, abierta en el pecho. Mia se fijó en las pulseras —algunas de cuero— y anillos que adornaban sus muñecas y dedos.

Cada vez que Héctor la miraba, Mia sentía un remolino de emociones, todas ellas contradictorias: por un lado reconocía en él aquella mirada inocente tan suya, esa que lo hacía parecer tan real, tan humano, esa que a ella le había robado el aliento más de una vez. Sin embargo, por otro lado... Bueno, Héctor era un hombre, bastaba con mirarlo. Daba la impresión de que sabía exactamente de dónde venía, qué había hecho y qué quería hacer con su vida. Mia lo conocía bien, y sabía que todo aquello era cierto, solo que necesitaba una mejor suerte.

Héctor se lamió los dedos pringosos cuando se terminó el sándwich. Mia sonrió cuando la pulsera que llevaba en la muñeca resbaló hasta el antebrazo para dejar completamente a la vista el tatuaje. Por muchos años que pasaran, se dijo, siempre sería su Héctor.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Tras dejar el plato sobre la minúscula mesita repleta de papeles, Héctor volvió a acomodarse, girándose para quedar de frente a ella. Mia había recogido sus piernas en el sofá y movía los dedos de los pies de manera distraída. Él se fijó en sus uñas, pintadas del mismo color que su pelo, y al levantar la vista, el corazón de Héctor se detuvo al reparar en el brillo de esperanza que encontró en su mirada.

—No voy a marcharme otra vez —la tranquilizó—. He decidido que es hora de volver a casa e intentarlo por mis propios medios.

—¿Lo dices en serio? —Héctor solo tuvo tiempo de asentir antes de que Mia volviera a echársele encima—. No sabes cómo te lo agradezco. Mi vida ha sido un desastre sin ti.

Héctor rompió a reír a carcajadas mientras ella seguía con la cabeza pegada a su pecho. Entre ellos todo había sido siempre fácil, fluido, y eso no podía cambiarlo ni siquiera el tiempo que habían pasado separados.

—Tú eres un desastre sin mí —corrigió él—. Creo que es hora de que formalicemos lo nuestro.

Mia apoyó una mano en su pecho para incorporarse y se sorprendió de la dureza de sus abdominales. ¿No se suponía que Héctor era un chico flacucho? ¡Las sorpresas que se llevaba una!

—¿Te refieres a casarnos y todo eso?

Héctor se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Vale, pero solo si es una boda como la de «Los Simpson» cuando el dependiente de la tienda de cómics casi se casa con la señorita Carapapel por el rito Klingon.

—¿Y adónde iríamos de luna de miel?

—¡A Nueva Zelanda! —exclamó Mia—. A visitar Hobbiton.

Las carcajadas de Héctor resonaron por todo el apartamento.

—¡Eres una friki!

—Dijo el que viene directo de Japón.

Él le sonrió. Un mechón rojo caía sobre los ojos de Mia, y Héctor no dudó en apartárselo para recogerlo tras su oreja. Se apostaba todo su equipaje a que la había hecho temblar cuando bajó la mano y sus dedos rozaron la piel sensible junto al cuello.

Sintiéndose repentinamente incómoda —era la primera vez que le ocurría algo parecido en compañía de Héctor—, Mia interpuso cierta distancia entre ellos, y cuando volvió a estar sentada, hizo todo lo posible por cubrirse las piernas con el bajo de la camiseta.

—¿Qué te ha hecho volver? —preguntó, más por cambiar de tema que por otra cosa, aunque realmente le interesaba saber su respuesta.

Héctor suspiró. De hecho, lo hizo un par de veces, como si estuviera pensándose qué decir.

—No era lo que yo esperaba —terminó confesándole—. He aprendido mucho, he mejorado mi técnica y ahora dibujo como nadie. —Mía lo miró con una ceja alzada; él, al ver su gesto, no pudo evitar sonreír—. Por lo menos en España. Pero el mercado en Japón es muy competitivo y... ¿quién quiere un dibujante de manga cuando allí ellos son los mejores?

—¿Y quieres intentarlo aquí? Porque yo podría ayudarte. A lo mejor en mi editorial les interesa...

—Paso a paso —la interrumpió Héctor—. Esta vez no quiero precipitarme.

Mía asintió varias veces con la cabeza. Al mirar hacia su regazo, se fijó en que una de las manos de Héctor descansaba sobre su pierna y que sus dedos trazaban lánguidos círculos en su rodilla desnuda. La piel se le puso de gallina; si Héctor lo notó o no, Mía no lo supo, pues él no dijo nada y tampoco detuvo su caricia.

—¿Y qué pasa con Danny? ¿Se ha enfadado mucho después de que dejaras el apartamento?

Cuando llevaba dos años viviendo en Tokio, Héctor decidió buscarse un compañero de piso; finalmente fue Danny quien llamó a su puerta. Hasta donde Mía sabía, el tal Danny no era mucho mayor que ellos, y había decidido instalarse en el país asiático para descubrir sus raíces japonesas, pues, aunque había nacido en Alemania, sus abuelos sí habían nacido allí. A pesar de que Mía jamás había visto a Danny, siempre se lo había imaginado como a un muchacho menudo con una espesa mata de pelo oscuro y ojos rasgados.

—Bueno... La verdad es que no le ha hecho demasiada ilusión —comentó Héctor mientras se despeinaba todavía más—. Pero lo entenderá. Esto no significa que vayamos a perder el contacto ni mucho menos.

—Claro. Igual que nosotros, ¿no?

Héctor ladeó la cabeza para mirarla. A veces sentía una desagradable sensación de culpa en la boca del estómago cuando re-

cordaba todas esas veces que había pensado en llamarla y no lo hizo.

—Ahora estoy aquí contigo —le aseguró, con voz ronca—. Y si no hay ningún novio que se sienta amenazado por mi presencia, me encantaría quedarme en tu piso. Si no te importa, claro.

Mia puso los ojos en blanco al mismo tiempo que resoplaba. Una gotita de saliva fue a parar directamente a la mancha de ketchup con la que se había pringado antes la camiseta.

—Teniendo en cuenta que hace menos de dos minutos hablábamos de casarnos por el rito Klingon y que vas a invadir mi sofá, es un poco raro que me hagas esa pregunta. —Héctor bajó la mirada; se le formaron arruguitas alrededor de los ojos cuando sonrió—. Mi vida amorosa sigue siendo tan patética como el día que te fuiste —confesó al final.

—Es coña, ¿no? Un pibón como tú... —Y para dar más énfasis a sus palabras, Héctor silbó mientras su mirada azul la recorría desde la cabeza al último dedo del pie—. Me extraña que no haya nadie en tu vida.

Tomándose como una broma, Mia le golpeó en el brazo sin fuerza y volvió a sorprenderse de la dureza de los músculos de Héctor.

—Muy gracioso, sí, señor. Pues no hay nadie —le aseguró—. Ya lo siento por ti, en serio. Estás condenado a soportarme el resto de tu vida.

Él le sonrió.

—Llevaré mi castigo con la cabeza bien alta, te lo aseguro.

—¿Y qué hay de ti? —Mia flexionó el brazo, colocando el codo en el respaldo del sofá mientras su mejilla descansaba sobre sus nudillos—. ¿Cuántos corazones has roto en tu aventura asiática?

Ahí aparecía otra vez esa sonrisa, pensó Mia. Ladeada, canalla y totalmente tierna. Así era Héctor.

—Tantos que empecé a perder la cuenta a partir de la primera docena.

—Fantasma —lo acusó ella, sin dejar de reír.

Era curioso pensar que a pesar de llevar años separados, intercambiando solamente un par de correos electrónicos al mes, estuvieran ahora tumbados juntos en el sofá, compartiendo confidencias como si nada hubiera sucedido, como si el tiempo no hubiera pasado por ellos ni por su amistad.

—¿Va en serio eso de quedarte en mi casa? —preguntó Mia—. ¿Qué pasa con tu abuela?

Héctor le explicó que ahora que Eli acababa de jubilarse había decidido disfrutar de la vida y viajar tanto como pudiera, que pensaba aprovechar cada ocasión que se le presentara para recorrer mundo. Se había marchado a Florida, nada menos, acompañando a una buena amiga, y no se esperaba su regreso hasta dentro de unos meses, según le había dicho. A Héctor no le sorprendería si su abuela acababa instalándose en la costa este de Estados Unidos.

—Así que ahora que he vuelto a España ni siquiera puedo entrar en mi casa —acabó por explicar—. Eres mi única salvación para no dormir en la calle.

—Pues yo tengo un juego de llaves. Ya sabes cómo es Eli de previsor. Si quieres te lo doy y...

—Voy a hacer como si no hubiera oído esa última frase. Sigo siendo un pobre repatriado que va a quedarse una temporada en casa de su amiga. ¿Te mola mi historia?

—Eres un aprovechado. Pero, de acuerdo, te acepto como okupa. Con una condición.

Cuando Mia se levantó, Héctor pensó que le pediría que se pusiera de rodillas y comenzara a suplicarle. Y él estaba dispuesto a hacerlo.

—La que sea.

Ella sonrió, coqueta, y cuando se apartó el pelo hacia atrás, Héctor creyó que se le paraba el corazón.

—Necesito tu móvil. El despertador que me regalaste se ha muerto y no puedo llegar tarde al trabajo.

Como si se tratara de un caballero del medievo, Héctor acabó por hincar una rodilla en el suelo mientras agachaba la cabeza y le tendía el teléfono como ofrenda.

—Como desees.

—Más quisieras, Westley —bromeó ella, haciendo referencia a la frase que pronunciaba el protagonista masculino de *La princesa prometida*—. Una cosa más.

Héctor levantó la cabeza y la miró, divertido.

—Tú dirás.

—¡Te toca dormir en el sofá!

Y dicho lo cual, Mía se escapó dando saltitos para encerrarse en su habitación.

Héctor supo entonces que había vuelto a casa.